

apuntes cosmológicos

Por Néstor Tato

Estos apuntes responden a la necesidad de ir configurando una imagen global de este mundo y cómo me incardino en él. Surgieron de las lecturas de materiales de divulgación hasta la década del 90, que se plasmaron en mi ensayo ¿Qué es la humanidad?, que no tiene el tono personal e intimista de estas notas. En ellos se podrá reconocer la impronta determinante de algunos escritos de Silo, luego considerados “apócrifos”, como Temas de aproximación y Siloismo. (La versión original corroborada del primero de éstos se puede encontrar en Pensar y método).

Parque La Reja, julio 11 de 2015

Génesis (1976)

Un lento movimiento de todo su ser. Torbellinos que hacían circular sus partículas en una dirección y en otra. Todo su ser en armonía, un equilibrio que se arma y se desarma continuamente. Un largo estiramiento hacia un costado cuyo fin no se puede ubicar en el espacio, seguido por una involución hacia un centro imprecisable y una división de esa su corriente hasta entonces única, le nacen brazos y se le integra una cuña hasta que se unen en el movimiento. Direcciones infinitas, infinitos movimientos irrepetibles y siempre repetidos, ninguno igual a otro y semejantes al mismo tiempo. Todo en equilibrio.

Poco a poco su ser toma consistencia, lentos movimientos centrípetos se generan dándole mayor cohesión, diferenciándolo de otras corrientes que se vuelven también sobre sí mismas, al tiempo que entre ellas surge el vacío.

Muy lentamente, su reconcentración hace que la superficie vaya enfriándose. El centro de su ser -ahora sí precisable- mantiene la temperatura de los orígenes. En total armonía con las otras corrientes ya estabilizadas va desplazándose a través del vacío, dando vueltas sobre sí mismo, como una inercia de la corriente originaria.

Parte de su superficie está cubierta por una materia líquida y densa. El resto, de una materia dura y seca. Son extrañas las sensaciones que percibe a través de ambas. La una le revive los movimientos primigenios, aún semejantes a los del centro incandescente, aunque de menor temperatura; la otra casi no le transmite sensaciones como no sea de temperatura. A veces se resquebraja esa dureza como consecuencia de la relación que su centro mantiene con la fuerza de tensión gravitatoria del conjunto.

Paulatinamente se va sintiendo atraída hacia la superficie en la zona de contacto entre la corteza y la masa líquida, donde miríadas de pequeños seres que habían surgido en ella emitían una materia volátil que iba ganando terreno a la materia gaseosa que la rodea. Son como poros generados en el contacto con la materia líquida. Millones que cubren esa materia blanda cubierta y descubierta por los movimientos periféricos de la materia líquida. Millones de pequeños elementos que la atraen hacia sí incorporándola hasta seguir latiendo en ellos y sentirse lentamente arrastrada en ellos, por la materia líquida que los levanta y los lleva meciéndolos hasta depositarlos en sus profundidades y ella siente que se multiplica por millones. Su ser repartido, fragmentado y multiplicado, extendido en esos millones de elementos que la distribuyen aún más, fortaleciéndola, acrecentándola, completando su ser.

Cada vez va percibiendo mejor la materia líquida que los contiene -templada y suave- y pueden desplazarse en ella. De pronto se sorprende a sí misma rondando los límites de la corteza, dejando las profundidades de la materia líquida. Visitas que se van alargando poco a poco le van permitiendo soportar ese nuevo medio y nuevos seres que pueblan la corteza -unos más grandes, otros pequeños, unos móviles, más dúctiles al movimiento. Otros rígidos, que tan sólo mueven sus extremidades, allá en las alturas- la distribuyen en suelo firme.

Se reconoce a sí misma en todas sus manifestaciones.

somos parte de un sistema (1994)

La imagen que habitualmente se tiene de la Ecología es la de esa disciplina científica que se ocupa de proteger las plantas y los bichos. O sea, el medio ambiente **natural**.

No es una imagen alejada de la realidad porque la moda muestra, casi con exclusividad, actividades proteccionistas del medio ambiente.

De ahí que, cuando se habla de adquirir conciencia de lo ecológico, uno piensa en regaderas, abonos y cuchas confortables.

Nada más alejado: ni siquiera la adopción de hábitos naturistas y un estilo de vida chacarero y bucólico tiene que ver con lo ecológico, sí con lo natural.

Acariciar un árbol, una hoja, es una experiencia que nos permite percibir la ternura de esa forma de manifestación de la **Vida**.

Pero no nos da mayor conciencia ecológica.

Porque lo ecológico se ocupa de un **sistema**: el ecosistema. Y ese sistema incluye **todo** lo conocido en el Universo. Lo verde y los animales son una de sus manifestaciones. También están los minerales.

Y, sobre todo, nosotros, los seres humanos.

No es adecuado pensar en lo ecológico como eso que está afuera: el medio natural. Más bien, lo ecológico es lo que nos envuelve, rodea, e incluye, **y también nosotros**.

Así, conciencia de lo ecológico será sentirnos integrados a todo, que somos parte del Universo, de este planeta, de la Naturaleza que nos rodea y de la cultura que transcurre en estos monstruos de cemento en que vivimos los habitantes de las ciudades.

Ser conscientes de lo ecológico es ser conscientes, tener presente, incorporar la vivencia de que integramos un sistema, que es un ámbito mayor al de nuestros ámbitos cotidianos y que nos contiene dinámicamente.

Además, esa conciencia implica la vivencia de la historicidad del sistema, y particularmente, que **esa historicidad la aportó lo humano**.

Eso implica conciencia de que **todos los equilibrios en el sistema y los subsistemas** a que pertenecemos **son inestables**. Estamos metidos en una dinámica de equilibrios que se modifican permanentemente. Eso es lo vivo. El equilibrio inalterable es la muerte.

Con el ser humano apareció una nueva dimensión: el tiempo, lo posible y, con ella, lo histórico. La Vida se libera de sus ataduras materiales y echa a volar decididamente.

Somos parte de un sistema, pero no de una casa, de un orden material. Somos parte de un movimiento, la cresta de una ola, las primeras partículas de una onda de luz que se proyecta desde un centro que apenas podemos intuir allá lejos en el fondo del tiempo, mucho antes de formarse nuestro planeta.

Somos la nota más reciente de una melodía que se desarrolla desde siempre y cuya partitura escribimos día a día agregando nuevos acordes. 1

No estamos en un todo, **somos ese todo** en la infinitesimal medida que nos toca.2

1 Cualquier similitud que se encuentre con la cosmovisión que Tolkien plantea en su *Silmarilion* con el mito de la melodía originaria es absolutamente correcta.

2 La idea de nuestra participación proporcional en el cosmos es la propuesta por Pierre Teilhard de Chardin como responsabilidad individual en el proceso de Salvación.

la vida de las piedras (1994)

¿Cómo es posible llegar a sentirse la última nota recién tocada en una melodía que viene resonando desde siempre?

Difícil será dentro del contexto imaginario habitual, según el cual vivimos rodeados de materia inmutable desde que se tiene memoria.

No es lo mismo si se puede imaginar que esa materia también estuvo “viva” alguna vez, a su modo. Que tuvo movimiento.

Claro que de eso no hay memoria, porque entonces no había quien pudiera percibirlo, y recordarlo.

Pero las piedras se las arreglaron para brindar testimonios notablemente elocuentes en su mutismo.

Los cortes transversales que se pueden observar en las formaciones montañosas, particularmente evidentes en las cordilleras, como en la de los Andes, muestran cómo, alguna vez, eso que hoy vemos como de una dureza casi inalterable, fue una materia de alta maleabilidad.

Los pliegues acordeonados que se ven en algunos tramos, desnudos por los derrumbes, en esas laderas en que la entraña de roca se muestra espontáneamente, son señales claras de que alguna vez esas moles no existieron.

Son las huellas de un choque y las láminas hasta entonces horizontales se elevaron y quedaron así, acordeonadas, para toda la posteridad.

Son los restos de un mundo que no era este mundo nuestro, sino un planeta recién nacido, que apenas podemos imaginar porque nada tenía de lo que vemos hoy, y de aquello sólo quedan restos: las nubes, los océanos, y un núcleo incandescente bajo la corteza que nos sostiene. Entonces la masa gaseosa era una cubierta permanente y los mares debían tener muy otro aspecto en esa etapa de transición del estado gaseoso al líquido.

Si pudiéramos imaginar desde aquella óptica esos paisajes para nosotros transfigurados, así como podemos recordar los paisajes vividos en nuestra infancia, entonces sería más fácil comprender -ya no este presente en que escribo, o el (ahora y para mí) futuro en que esto es leído-, que la especie humana toda es el acorde más reciente de aquella melodía que vamos componiendo, si fuera el caso de que no existe una partitura.

Antes de erguirnos, nuestros más remotos antepasados se subieron a los árboles desarrollando la visión estereoscópica que hoy gozamos.

Y antes de ellos fue la vida en los mares, y antes, formas que no podemos imaginar, pero que podemos recomponer si hemos asistido al espectáculo que ofrece una gota de agua a través de un microscopio.

Y en el supuesto inicio, sólo un punto de incalculable densidad y temperatura que era todo, antes de estallar en el big-bang.

Así, todo está en movimiento, hasta éstas, que en un momento se enfriaron para quedar piedras, deteniendo su movimiento, su vida, para sostenernos.

mecanismos cósmicos (1995)

Expansión y organización

Esa historia del Big-bang me fascinó siempre y cada vez más, a medida que se van formulando nuevas hipótesis sobre él.

Pero lo que más me sirvió es que establece una referencia para el desarrollo de los acontecimientos. En tanto punto inicial de un proceso -o de una etapa de un proceso cuya dimensión todavía se nos escapa-, lo interesante es que uno puede rebobinar las imágenes y desplegarlas nuevamente, ir viendo cómo se fueron dando los procesos de organización de la materia y cómo se fueron modificando en saltos evolutivos.

Así, es sencillo comprender que el universo material tiene una dirección expansiva. Pero, si se atiende a la evolución organizativa de la materia y, particularmente, se discriminan adecuadamente los distintos niveles de integración (mineral, biológico, psicológico), se advierte algo distinto.

Pasando las imágenes hacia “arriba” y volviendo hacia “abajo”, por la “pirámide organizativa” de lo manifiesto, se advierte que, además de ese movimiento expansivo **hay otro movimiento**. Es un movimiento organizativo: la materia evoluciona en una línea de complejidad creciente, cada vez se muestra más organizada.

La individuación en la expansión

El movimiento expansivo del Universo se detecta en el progresivo distanciamiento de las galaxias entre sí. Hay, entonces, una expansión general de la materia.

Pero, además, en la formación de las “nubes” de gas incandescente que precede a las estrellas, podemos advertir una contracción de la nube originaria sobre sí misma, en distintos puntos focalizados.

El progresivo enfriamiento que se produce por el alejamiento de las partículas como consecuencia de la explosión inicial, concomita con la concentración de la materia primordial en los primeros átomos, formándose los elementos primarios (helio, hidrógeno, carbono).

Esas nubes de gas se van alejando y fracturándose internamente en unos lugares, permaneciendo como nebulosas en otros.

Esa contracción parcial generalizada, en tanto fenómeno que se verifica en incontables puntos de esa nube originaria en expansión, es un proceso de individuación.

Los individuos se forman en una multiplicidad en expansión y contienen una multiplicidad en proceso. **Cada estrella es una como individuo y múltiple por las partículas que la componen.**

Los torbellinos generados por la veloz expansión de la nube originaria y el enfriamiento concomitante, determinaron su “fractura” y, por acción de la gravedad en los puntos de mayor densidad, comienza la rotación que formará un cuerpo autónomo.

Hay entonces, una expansión generalizada que parece ser constante en su velocidad superior a la de la luz y, casi simultáneamente, surge una contracción localizada en numerosos y diversos puntos que dan lugar a fenómenos de singularización.

La fricción produce la individuación.

Los saltos organizativos y sus niveles de integración

Lo que podemos imaginar con base en estos datos, que corresponden a inferencias realizadas a partir del estudio de procesos que se han detectado en el afuera de nuestro

planeta, no coinciden con lo que perceptualmente conocemos del mundo material.

En todo caso, podemos imaginar que el medio que nos rodea pudo haber sido del modo que indican esos datos de fenómenos remotos.

El enfriamiento de la bola de gases que alguna vez fue nuestro planeta coincide con la contracción particularizada que se operó en la materia prima del Universo, en tanto fue un desprendimiento de la estrella que nuclea nuestro sistema solar.

Parece que en la etapa en que esa bola gaseosa culminaba su mutación, se produjo un nuevo fenómeno: aparecieron miríadas de corpúsculos semovientes, la materia orgánica.

En términos alegóricos, si bien no puede formularse con exactitud que las cosas sean así, el movimiento se incorporó a la materia. ***La materia dejó de moverse inercialmente para hacerlo por sí misma.***

Eso generó todo un nuevo orden de fenómenos en lo manifestado. Apareció la Vida con toda su variedad de vegetales y animales.

Los individuos que fueron surgiendo por oleadas a partir de un momento determinado, no sólo eran la manifestación más altamente organizada de la materia, sino que, además, se organizaban entre sí.

Finalmente, y del modo como el movimiento se incorporó a la materia en el salto hacia la organicidad, esta organicidad se incorporó a la Vida: apareció la Conciencia.

Así como la vida orgánica es auto-movimiento, la vida humana es auto-organización.

Ambos saltos presentan una discontinuidad en el movimiento inercial expansivo del Universo y en sus manifestaciones. Consecuentemente, podemos discriminar ese otro movimiento, una nueva dirección hacia una mayor organización, en la evolución de la materia.

Es como si el universo evolucionara en base a dos ejes: una expansión general que se mantiene inercialmente, inalterada aparentemente, y una contracción general localizada.

Y luego advertimos un tercer eje: en los ámbitos que genera esa contracción particularizada, en que actúa ese principio de individuación, se desatan nuevos procesos.

En un punto en particular, nuestro planeta, detectamos distintos niveles de organización de la materia que, además, se integran entre sí, dependiendo unos de otros: son niveles de integración del fenómeno. De un fenómeno al que asistimos desde afuera, como observadores. En tanto lo consideramos de esa manera.

Nuestra intimidad con el Universo

Podemos vivenciar esto de un modo radicalmente distinto: cada uno de nosotros tiene un pasado. Ese pasado tiene un comienzo, nuestro nacimiento, que se encadena con nuestros padres y sus nacimientos, y nuestros abuelos, y así siguiendo podemos remontarnos a nuestros antecesores desconocidos y a través de ellos a los antropoides, y a las primeras células y a la nube de gas que fue su condición y al origen supuesto, el big-bang.

Desde allí podemos volver, porque a través de aquella primera fragmentación de la nube originaria y de las primeras concentraciones gaseosas, se fueron sucediendo individuaciones organizativamente cada vez más complejas.

Desde entonces hay algo que se despliega, y hoy, aquí y ahora, lo hace a través mío.

El Universo crece a través mío, a través tuyo, a través de cada uno de nosotros; late dentro de nosotros, desplegándose en su desarrollo.

Aquí y ahora.

la curvatura del tiempo (1995)

Este momento es el último de una larga serie de momentos que ya se supera en este nuevo momento, que ya pasó y da lugar a este otro que ya pasa. Y de algún modo así se perpetúa.

La vida es tiempo.

Mi vida es tiempo y puedo reconocer mis raíces, mi origen común con el Universo, mi historia común con la Evolución, en la medida que asumo una perspectiva temporal y reconozco mi pasado en el pasado común de todo lo manifestado.

La teoría de la relatividad me dice que pertenezco a un continuo espacio-temporal que se va curvando.

La expansión que se detecta es una primera etapa a la que ha de seguir -matemáticamente- una nueva contracción que, hipotéticamente ¿terminará en un nuevo big-bang?

Espacio y tiempo no son dos dimensiones diferenciadas, sino una compuesta.

Pero... pero...

Si puedo sentir que la Fuerza que late en mí y se despliega vitalmente es la misma que impulsa al Todo, y esa experiencia de reconocimiento se opera a través del Tiempo...

¿No será que el impulso original que determinó la expansión inicial, luego abandonó al fenómeno general? De ahí el movimiento inercial de los cuerpos celestes.

¿No será que la contracción que se verifica por el enfriamiento al romperse la nube primordial, fue una primera curvatura del Tiempo en busca de las condiciones que le permitieran progresar?

Los saltos cualitativos de la materia son momentos únicos, aparentemente irrepetibles por las condiciones excepcionales en que se produjeron. Esa excepcionalidad que determinó la Vida generó nuevos procesos, nuevas expansiones, nuevos niveles de fenómeno que se integraron y dieron lugar, a su vez, a un nuevo fenómeno, la Conciencia.

Después de cada generación de un nuevo nivel, el anterior queda “abandonado” a su inercia, no se operan nuevos cambios en él, mantiene su actividad inercial sin poder ya seguir evolucionando.

¿No será entonces que el impulso inicial se curvó sobre sí mismo en aquellos momentos excepcionales, generando nuevos niveles de fenómeno a través de los cuales siguió su proceso?

Desde lo vivencial puedo determinar que mi proceso vital transcurre en el espacio y que esa dimensión es prioritaria desde el punto de vista perceptual, pero a lo largo del transcurrir resulta secundaria frente a éste.

El tiempo transcurre no importa dónde esté emplazado mi cuerpo. Sigue su camino, instante tras instante, quieto o en movimiento, aquí o allá.

Además, reconozco mi pasado universal merced al tiempo, no al espacio. Puedo reconocer, a través de mi transcurrir, el transcurrir universal, por tanto, sólo cuenta el tiempo.

Por tanto ¿no será que la teoría de la relatividad da cuenta de la curvatura del tiempo?

Y que, por proyectarla sobre una dimensión espacial, la del universo en tanto multiplicidad de cuerpos celestes en expansión, se descarta que pueda haber otra curvatura que la de la trayectoria de esos cuerpos celestes en el espacio.

Si construimos la visión del Universo sobre la variable Tiempo obtenemos la profundidad de la perspectiva propia del transcurrir, bastante más afín con la visión y la vivencia de un proceso que la que brinda el modelo inercial de un universo espacial en expansión.

Un proceso implica un impulso y una potencia en despliegue, no actualizada y, por tanto, no previsible. **Hay un algo interno que determina el rumbo y el resultado**, que sólo se conoce cuando se plasma en una forma material.

La inercia sólo muestra el resultado de un impulso que se perpetúa a sí mismo, previsible.

Si hubo nuevos rumbos y nuevos productos en el proceso universal, y si esos nuevos fenómenos generaron multiplicidades que manifiestan nuevos niveles de organización, ahí hay otra cosa.

Si mi cuerpo está integrado por todos los niveles de organización de la materia que la ciencia ha detectado como existentes independientemente de mi cuerpo y los ha reconocido en la materia que lo integra, eso muestra que ***el “experimento universal” ha conservado en este fenómeno que soy, todas las condiciones de organización conocidas, las ha integrado en un sistema útil al desarrollo de un nuevo fenómeno, no material, mi conciencia.***

Y esa conciencia reconoce y asume el transcurrir, el tiempo.

¿Acaso es el tiempo el que se curva, lo que constituye el impulso vital, esa Fuerza que viene desplegándose desde el inicio del Universo?

El repliegue de la divinidad (1995)

Con el tiempo y la experiencia comencé a tener la certeza de que **todo tiene un sentido** y que ese sentido coincidía con la concepción tradicional de la divinidad omnipresente.

La idea de la omnipresencia de Dios es coherente con la noción del Universo y me lo reafirma la vieja discusión teológica cristiana acerca de si Dios está presente en todas las cosas o si todas las cosas están en Dios. Independientemente de las consecuencias ideológicas que se derivan de una y otra concepción, resulta indudable que Dios y Todo tienen una estrecha relación, por lo menos conceptual.

Personalmente prefiero la idea de que Dios está en todas las cosas: me transmite una sensación de libertad, por un lado, y de creatividad, por el otro, que resultan más coherentes con lo que se ve en la Creación.

Además, el estar todas las cosas en Dios, lo externaliza, lo pone como un afuera que contiene, mientras el panteísmo lo muestra más como siento que Se manifiesta: desde adentro de cada individuo.

No me interesa el detalle de los argumentos que se vertieron sino lo que la imagen que uno puede formarse de esto produce, en cada caso, en la conciencia, la visión del mundo que suscita.

Esta disputa la resolvió Teilhard de Chardin al formular su “ley de complejidad-consciencia” y reconocer que en todo lo creado hay un afuera y un adentro y que, cuanto más se avanza en la evolución, se encuentra cada vez más complejidad en los fenómenos y, concomitantemente, mayor interioridad.

Desde esa noción, **Dios** se incorpora en la práctica a la Evolución, se hace parte de su Creación y **puede ser vivenciado como actuante en cada instante desde la intimidad de sus creaturas, y no como un mero creador-observador que controla el proceso.**

También sucede que **Dios se confunde con sus creaturas** y eso es lo interesante, **al internalizarse deja de ser un algo más**, otra entidad -por muy supremo que sea- en el Universo, en el afuera que rodea nuestro planeta, para convertirse en algo que sólo podemos experimentar personalmente, en nuestro fuero íntimo, en nuestra experiencia interna.

Me parece que ésto es de notables consecuencias, no sólo ideológicas, también vivenciales: si **Dios puede ser descubierto sólo a través de nuestra experiencia interna**, quien se desentiende de Dios se desentiende de sí mismo. Pero, por la contraria, quien se desentiende de sí mismo se desentiende de Dios.

Si lo vemos en términos de ideologías, la necesidad de entenderse con Dios para entenderse consigo mismo, o de considerar a Dios para considerarse a sí mismo, es coherente con la crítica que se puede hacer al objetivismo materialista, y es que su consecuencia más evidente en la práctica social es el endiosamiento del monopolio estatal o privado de los medios de producción relegando lo humano a un segundo plano, considerándolo como un instrumento, al tomar al sujeto casi sólo como súbdito del Estado o del aparato productivo.

A su vez, la necesidad de entenderse consigo mismo para poder entenderse con Dios, priva de fundamento existencial al objetivismo idealista que pone a Dios “en las alturas” o sea, afuera del cuerpo, que es el continente y receptáculo de toda experiencia, y así sienta las bases que promueven la liberación del autoritarismo, ya que éste encuentra su fundamento en la idea de lo supremo ajeno al cuerpo que sustenta, en definitiva, el culto a toda forma de poder.

Sintetizando ambas posiciones, **el objetivismo es lo que funda el autoritarismo**, en tanto peralta la independencia del objeto respecto del sujeto y, consecuentemente, la dependencia de éste, que está “sujeto” a él.

El subjetivismo, más acá de todo defecto que pueda ostentar, somete todo al propio criterio y, consecuentemente, pretende ser crítico respecto de toda fuente de autoridad, si bien corre el peligro de devenir tiránico al convertirse a sí mismo en fetiche, a través de la imagen de sí, que no es otra cosa que el sujeto vuelto objeto. Con lo que estamos en lo mismo: el endiosamiento del sujeto por sí mismo que apunta a presentarse como dios para los demás, no es otra cosa que el sujeto vuelto objeto, ya sea para sí o para los demás. Por tanto, ya no es subjetivismo sino objetivismo.

Las vertientes materialista o idealista del objetivismo, definen a qué tipo de fetiche le será atribuída la autoridad que obliga a rendir la propia voluntad: el dinero, el mercado, el estado o alguna forma de entidad suprema de la que la imagen de Dios en las alturas es el arquetipo. Ejemplo claro de esto es el lenguaje cotidiano: endiosar y desendiosar son sinónimos de subir o bajar algo en nuestra estima.

Indudablemente, **la disolución de la imagen del dios-continente en la imagen de un universo vacío que se encuentra en constante cambio, determina que la divinidad se refugie en la interioridad de sus creaturas**, despojada de las alturas que le habían sido atribuídas.

Al expandirse la imagen del Universo con el avance de la ciencia, y reducirse el cielo a un efecto luminoso de nuestra atmósfera planetaria, las alturas que servían de residencia a la divinidad se desvanecieron. Se convirtieron en una dimensión relativa donde las referencias son variables pero, principalmente, puestas por el ser humano.

Pero la idea de un ser supremo que me ha creado y se manifiesta a través de cada uno de nosotros no resulta tan disparatada, desde este punto de vista. Cómo se lo llame, qué imagen tenga, si es uno o varios, es lo que menos importa. Hay algo que, al mismo tiempo, nos abarca, nos contiene y nos anima. Me contiene porque también anima lo que me rodea, abarcándonos.

Como genéricamente llamamos vida a lo que nos anima, cabe preguntarse si es válido limitarla al fenómeno que se genera a partir de la aparición de lo orgánico.

Y si, ampliando su dominio, la extendemos hasta el Big-bang, se confunde con Dios, ya que ella también está afuera y procesa por dentro. Sólo que **Dios**, sea cual fuere la forma en que se lo ha concebido, **se configura siempre como una intención**, como una voluntad. A menos que le atribuyamos intenciones a la Vida. En este punto, creador y creatura se confunden.

Como esos propósitos escapan todavía a nuestra comprensión y, en todo caso, **podemos prever un desarrollo hacia una complejidad aún mayor**, inimaginable todavía, el nombre de Vida resulta adecuado para lo manifestado.

Y a esa vivencia íntima y esencial que podemos tener de lo vital, a esa Fuerza que se despliega a través de cada uno y que apenas permite vislumbrar **un propósito de más vida**, a esa intención de desarrollarse aún más y proyectarse ¿y proyectarnos? hacia lo que aún resulta desconocido, podemos llamarla lo divino.

Pero, si atendemos a las condiciones de violencia que nos rodean e indican una esperada y necesaria evolución, lo divino no es más que el modelo de lo humano. Por tanto ¿no será lo divino el nivel de humanidad que aún tenemos que alcanzar?

Si es así, Dios no tiene futuro. **Lo humano es el futuro** y lo que se despliega en este momento de proceso del Universo.

Lo divino es un recuerdo mitológico de otras épocas en que los seres humanos no podíamos reconocer todavía lo humano.

Pero lo humano está por culminar si la próxima curvatura del tiempo está en ciernes, como todo parece indicar. Si es así, habrá un nuevo fenómeno, lo que hoy conocemos seguirá inercialmente y se disparará un nuevo proceso en otro nivel de organización... ¿de qué? ¿Cuál será la forma que asumirán los agentes de ese nuevo proceso?

Así las cosas, quizás podrá haber futuro para una nueva concepción de la divinidad.

